

El descubrimiento europeo de la “tierra más hermosa”

Consuelo Varela

Escuela de Estudios Hispano-Americanos. CSIC

DE ANDALUCÍA AL NUEVO MUNDO

El 3 de agosto de 1492 zarpaban de Palos, un pequeño puerto de la costa onubense, tres pequeñas naves. Dos carabelas, la Pinta y la Niña, y una nao, la Santa María, formaban el convoy. Noventa hombres componían la tripulación. La mayoría, setenta de ellos, eran marineros de Palos, Moguer y Huelva. Junto a éstos se habían enrolado una decena de vascos y gallegos y un reducido grupo de extranjeros: un portugués de Tavira, un genovés, Jácome el Rico; un calabrés, Antón; un veneciano, Juan Veçano y un negro, Juan, portugués. Como intérprete figuraba un judío converso, Luis de Torres, experto en lenguas orientales, árabe y hebreo. Aunque médico con el título de tal no consta ninguno, como físico formaba parte de la expedición el maestre Alonso, vecino de Moguer, y un maestre cirujano, Juan; maese Diego hacía las veces de boticario. No faltaban otros oficios: un sastre, Juan de Medina; un tonelero vizcaíno, Domingo, y un platero que se llamaba Cristóbal Caro; en cambio, no embarcaron ni religiosos ni mujeres. Sólo cuatro marineros eran presos redimidos: Bartolomé Torres, condenado a muerte por un homicidio en una riña, y Alonso Clavijo, Juan de Moguer y Pedro Izquierdo, culpables de haber organizado la fuga de un amigo común de la cárcel. Todos estos tripulantes viajaban a sueldo de la Corona a razón de 2.000 maravedís al mes los maestros y pilotos; 1.000 los marineros y 666 los grumetes.

No se trataba de un viaje corriente de los muchos que los marinos andaluces estaban acostumbrados a realizar ya fuera hacia el litoral africano, al Mediterráneo, ya fuera, en un camino más septentrional, hacia Inglaterra.

Tampoco se trataba de una expedición a las Canarias, aún no conquistadas en su totalidad, sino de un viaje de alto riesgo, como diríamos hoy. Cristóbal Colón, el almirante de la armada, había firmado el 17 de febrero de ese mismo año unas capitulaciones con los Reyes Católicos por las que se le había autorizado a realizar un viaje en busca de una nueva ruta al Oriente.

El genovés pretendía llegar a la India, a la China, a los países de la Especiería por un nuevo camino a través del Atlántico. No se trataba, ni mucho menos, de una idea original. Ya en el siglo XIII el inglés Roger Bacon en su libro *Opus maius* había recopilado un buen número de argumentos que demostraban la proximidad de España y la India y estos argumentos, repetidos por Pedro d'Ailly, el canciller de la Universidad de París, en su *Imago Mundi (La Imagen del Mundo)*, publicado en 1412, eran bien conocidos por los sabios españoles, que una y otra vez se opusieron al viaje por considerar erróneos los cálculos de los antiguos. Tenían razón los expertos consultados por los Reyes Católicos, pues la distancia, como se pudo comprobar, era mucho mayor que la estimada.

Colón, en cambio, no dudaba de la veracidad de sus cálculos y durante muchos años se dedicó con ahínco al estudio de todas las “autoridades” que avalaban sus teorías. Consultó los mapas de Ptolomeo y analizó detenidamente los escritos de Pablo Toscanelli (1397-1482), un astrónomo florentino con el que quizá llegó a cartearse y que no dudaba en afirmar que, dada la esfericidad de la tierra, se podía viajar de Este a Oeste por el desconocido Mar Tenebroso. Más allá de la Columnas de Hércules, el estrecho de Gibraltar, habían de encontrarse la India y el Catay del que hablaba Marco Polo en su *Libro de las Maravillas*.

Pero las teorías han de demostrarse con la práctica. Colón, un hombre curtido en viajes, que empezó a navegar con catorce años, “de muy temprana edad”, fue siempre anotando sus experiencias y sacando conclusiones. Tanto Hernando Colón como fray Bartolomé de las Casas, el hijo y el fraile que nos dejaron por escrito su biografía, nos dicen que Colón había ido confeccionando, poco a poco, un *Libro de Memorias* en el que iba recogiendo todas las pruebas que, a su entender, hacían referencia a la existencia de tierras desconocidas al Oeste, anotando “todos los indicios de que oía hablar a algunas personas y marineros, por si en alguna manera podría ayudarse de ellos”. Infortunadamente este *Libro* ha desaparecido, pero sí tenemos algunos extractos que copiaron fray Bartolomé y Hernando, además, claro está, del más de un centenar de escritos de mano del propio

Colón que han llegado hasta nosotros. Hacia 1474 o 1475, cuando aún vivía en su Génova natal, Colón acudió a la isla de Quío y de ella recordará la almáciga, el lentisco, una planta que se usaba con fines medicinales y que era un producto muy buscado, tanto que la Señoría de Génova “sacan dello bien cincuenta mil ducados” al año.

De Génova se trasladó Colón a Portugal y, navegando con los portugueses, comenzó a concebir su fantástico viaje. En 1477 se desplazó desde Lisboa hasta Islandia, tras hacer escala en los puertos de Brístol en Inglaterra y Galway en Irlanda. Por los mares más septentrionales europeos pudo observar las mareas atlánticas que tanto sorprendían a los marinos mediterráneos, que las desconocían, y que más adelante volverá a ver en las Antillas. Pero tanto como las diferencias de las mareas, o más aún, le sorprendió la aparición de unos cuerpos extraños “un hombre y una mujer en unos leños arrastrados por la tempestad de forma admirable” que sin lugar a dudas eran “hombres de Catayo, que vinieron al Oriente”. La teoría parecía confirmarse.

Muy probablemente aquél fue el único viaje a los mares del Norte que hizo D. Cristóbal pues, desde entonces y hasta su viaje de descubrimiento, siempre navegó por el litoral africano y hacia las islas de Madeira. Esos viajes le sirvieron también de fuente de información de extraordinaria importancia y le proporcionaron una nueva práctica de la marinería que le sería en el futuro de gran utilidad. En sus distintos recorridos aprendió desde navegar con viento contrario o ceñir hasta medir la altura del sol con el astrolabio o incluso la técnica del trueque de baratijas, que tan buenos resultados le habrían de dar más tarde en el Nuevo Mundo. Allí en Guinea conoció el nauta a un portugués, un tal Martín Vicente, que le relató que una vez, hallándose a 450 leguas al poniente del Cabo de San Vicente, recogió en su navío un pedazo de madero labrado, “que juzgaba no con hierro” y que, puesto que los vientos venían en aquella ocasión soplando de poniente, “imaginaba que aquel palo había venido de alguna isla que hacia el Poniente hobiese”. Una versión que pronto le corroboró su cuñado, Pedro Correa, que aseguraba haberlos visto él también —y muy similares— en Porto Santo. Para mayor satisfacción el propio descubridor tuvo oportunidad de ver, poco tiempo más tarde, unos maderos similares durante una entrevista con el rey de Portugal.

La influencia de los viajes colombinos a Guinea se apreciaba en muchos de los escritos del descubridor. En estos periplos Colón adquirió la base de

algunas de sus teorías geográficas (“África es el doble que Europa...” y pudo comprobar la habitabilidad de las zonas subecuatoriales (“la zona tórrida no es inhabitable...sino que está muy poblada”). Cuando Colón describa el Nuevo Mundo utilizará siempre el recurso de la comparación con lo conocido; y muchas son las referencias a Guinea que utiliza en sus *Diarios* y en sus cartas a los reyes, como veremos que hará cuando “descubra” Cuba.

Con estas bases, más o menos científicas, y unos deseos inmensos de llegar a Cipango, al Catay, a la India, emprendió Colón el viaje más extraordinario de su vida.

LA LLEGADA AL NUEVO MUNDO

La noche del 11 de octubre el almirante vio, por fin, una candelilla en la lejanía que les anunció la presencia de tierra. No hubo un Rodrigo de Triana que gritara “tierra a la vista” porque no hubo un Rodrigo de Triana que formara parte de la tripulación. Sí parece, en cambio, que fue otro andaluz que iba en la Pinta, Juan Rodríguez Bermejo, natural de Molinos, un pueblo de Sevilla, quien primero la divisó. Aunque nada nos impide suponer que a este personaje le conocieran sus compañeros con el apodo de Rodrigo de Triana. En todo caso, ya fuera uno u otro o Colón quien gritara “tierra”, el hecho es que aquella noche, en efecto, las tres naves habían logrado vencer el Mar Océano.

A la mañana siguiente se produjo el desembarco y la consiguiente toma de posesión de aquella pequeña isla, Guanahaní, a la que Colón llamó San Salvador, donde los nativos recibieron a los castellanos agasajándoles con cuanto tenían. No es esto, no es esto debió de pensar el Almirante que, al día siguiente, el sábado, 13, “por no perder tiempo” decidió dejar el territorio para “topar la isla de Cipango”.

POR LA RUTA DE LAS CANOAS

Amaneciendo el domingo, mandó el almirante aderezar las naves. Quería costear la isla antes de continuar su viaje. Para ello contaba con la presencia a bordo de una serie de indígenas que le acompañaban para indi-

carle el camino. Los bajos y las corrientes podrían poner en peligro la navegación. En la página correspondiente al día 14 de octubre anotó Colón en su Diario que desde su nave veía “tantas islas que yo no sabía determinarme a cuál iría primero. Y aquellos hombres que yo tenía tomado me decían por señas que eran tantas y tantas que no había número y anombraron por su nombre más de ciento. Por ende yo miré por la más grande, y a aquella determiné a andar, y así hago, y será lejos de esta de San Salvador cinco leguas; y las otras dellas más, dellas menos. Todas son muy llanas, sin montañas y muy fértiles y todas pobladas, y se hacen guerra la una a la otra, aunque éstos son muy símplies y muy lindos cuerpos de hombres”.

El 15, a seis leguas al Sudoeste de San Salvador se descubre la isla de Santa María de la Concepción y el mismo día otra, situada a nueve leguas, a la que el almirante llamó Fernandina en homenaje al Rey Católico. Los indígenas de las islas Bahamas les recibían ofreciéndoles de comer. La tripulación no cesaba de maravillarse ante la exuberante vegetación y la abundancia de pescados, “tan disformes de los nuestros que es maravilla”; incluso divisaron ballenas. Sin embargo, sorprendidos, no vieron “bestias en tierra”.

Por señas, ya que no sabía su lengua, creía Colón entender a los indios. Tanto él como Martín Alonso Pinzón, interpretando gestos y dirigidos por los indígenas, se encaminaron a la isla de Saomete, que “es la isla o ciudad donde es el oro”. El 19 de octubre recalaron en una de sus ensenadas que llamaron Cabo Hermoso y bautizaron la isla con el nombre de Isabela en honor de la Reina. Allí creyó ver Colón por primera vez el lignáloe y se apresuró a anotar que a la mañana siguiente enviaría a buscar “diez quintales, porque me dicen que vale mucho”. Mas una noticia sensacional le hizo cambiar de idea.

LA PRIMERA MENCIÓN A CUBA EN LA LITERATURA UNIVERSAL

En la noche del día 21 anotaba Colón en su *Diario*: “Yo quería hinchar aquí toda la vasija de los navíos de agua; porende, si el tiempo me da lugar, luego me partiré a rodear esta isla fasta que yo aya lengua con este rey y vea si puedo aver del oro que oyo que trae. Y después partir para otra isla, grande mucho, que creo que debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman *Colba*, en la cual dizen

que ha naos e mareantes muchos y muy grandes, y desta isla a otra que llaman *Bofío*, que también dizen que es muy grande. Y a las otras que son entre medio veré assí de pasada, y según yo fallare recaudo de oro o especiería, determinaré lo que e de fazer. Más todavía, tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quisay y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella”.

Tras detenerse un día más en la Isabela, el martes 23 de octubre, decidió Colón dirigir sus naves hacia Cipango. Así escribía en su *Diario*: “Quisiera hoy partir para la isla de Cuba, que creo que debe ser Cipango, según las señas que dan esta gente de la grandeza della y riqueza, y no me deterné más aquí ni iré esta isla alrededor, como tenía determinado, para aver lengua con este rey o señor, que es por no me detener mucho, pues veo que aquí no hay mina de oro”. La falta de viento retrasó su partida: “Y no he dado hoy la vela para Cuba porque no hay viento sino calma muerta, y llueve mucho”. En la espera, recuerda Colón en su *Diario* los mapamundis y los globos terráqueos que había consultado para reafirmarse en su idea: Cipango, sin lugar a dudas, estaba “en esta comarca”.

En cuanto el tiempo mejoró, se preparó la marcha. Desde el cabo del Isleo, al Norte de la Isabela, a ocho leguas con rumbo Oeste, llegó a unas islas que llamó de las Arenas, “por el poco fondo que tenían”. Sin la menor sombra de duda, los indígenas le informaron que de allí a Cuba llegaban en día y medio con sus almadías, “que son navetas de un madero adonde no llevan vela”. Ya estaba cerca. En la noche del 27, por fin, divisaron a lo lejos la Silla de Gibara, pero no pudieron acercarse a la costa por la “muchacha lluvia que llovió”.

28 DE OCTUBRE DE 1492

Tanto debió de impresionar a Colón la primera vista de Cuba que a describir aquel impacto dedicó por entero la página de su *Diario* correspondiente a aquel feliz día, el 28 de octubre de 1492. El texto, amplio y con una gran fuerza literaria, dice así:

“Fue de allí en demanda de la isla de Cuba al Sursudueste a la tierra della más cercana, y entró en un río muy hermoso y muy sin peligro de baxas ni de otros inconvenientes, y toda la costa que anduvo por allí era muy hondo y

muy limpio fasta tierra. Tenía la boca del río doce brazas, y es bien ancha para barloventear. Surgió dentro, diz que a tiro de lombarda. Dize el Almirante que nunca tan hermosa cosa vido, lleno de árboles todo cercado el río, fermosos y verdes y diversos de los nuestros, con flores y con su fruto cada uno de su manera; aves muchas y paxaritos que cantavan muy dulcemente; avía gran cantidad de palmas de otra manera que las de Guinea y de las nuestras, de una estatura mediana y los pies sin aquella camisa y las hojas muy grandes, con las cuales cobijan las casas; la tierra muy llana. Saltó el Almirante en la barca y fue a tierra, y llegó a dos casas que creyó ser de pescadores y que con temor se huyeron, en una de las cuales halló un perro que nunca ladró; y en ambas casas halló redes de hilo de palma y cordeles y anzuelo de cuerno y fisgas de guesso y otros aparejos de pescar y muchos huegos dentro, y creyó que en cada una casa se ayuntan muchas personas. Mandó que no se tocasse en cosa de todo ello, y así se hizo. La yerva era grande, como en el Andalucía por abril y mayo. Halló verdelagas muchas y bledos. Tornóse a la barca y anduvo por el río arriba un buen rato y era diz que era gran plazer ver aquellas verduras y arboledas, y de las aves que no podía dexallas para se bolver. Dize que es aquella isla la más hermosa cosa que ojos hayan visto, llena de muy buenos puertos y ríos hondos, y la mar que parecía que nunca se devía de alçar, porque la yerva de la playa llegaba hasta cuasi el agua, lo cual no suele llegar adonde la mar es brava. Hasta entonces no había experimentado en todas aquellas islas que la mar fuese brava. La isla dize que es llena de montañas muy hermosas, aunque no son muy grandes en longura, salvo altas, y toda la otra tierra es alta de la manera de Çeçilia. Llena es de muchas aguas, según pudo entender de los indios que consigo lleva, que tomó en la isla de Guanahaní, los cuales le dicen por señas que hay diez ríos grandes y que con sus canoas no la pueden cercar en veinte días. Cuando iba a tierra con los navíos, salieron dos almadías o canoas, y como vieron que los marineros entravan en la barca y remaban para ir a ver el fondo del río para saber donde avían de surgir, huyeron las canoas. Dezían los indios que en aquella isla avía minas de oro y perlas y vido el Almirante lugar apto para ellas y almejas, qu'es señal dellas. Y entendía el Almirante que allí venían naos del Gran Can y grandes, y que de allí a tierra firme avía jornada de diez días. Llamó el Almirante a aquel río y puerto de San Salvador”.

La primera impresión de la isla “más hermosa” no defraudaría a los expedicionarios que día a día, como veremos, irán entusiasmándose más y más con el territorio. En primer lugar Colón se extasía ante la naturaleza desbordante de la isla. Sus árboles con fruto, tan distintos de los que él conocía; las montañas que ve en la lejanía; las playas de arena fina hasta

las que llegan los árboles, el puerto ancho y seguro; los pájaros cantando... Aquel día no pudo ver a los habitantes que habían abandonado sus casas tan pronto como les vieron llegar. Una costumbre ésta que se había venido repitiendo en las islas que hasta entonces había descubierto, pues los indígenas, temerosos de ser cautivados, a menudo huían ante la presencia de los conquistadores. Así había ocurrido en otras islas desde que en San Salvador Colón “tomó” a aquellos indios que le acompañaban ya fuera como lenguas o como guías entre las islas. A Colón no parece que le preocupara esa actitud, pues no lo refleja en su *Diario*. Sí señala una característica que le merece todo su interés: las casas de Cuba son grandes, limpias y llenas de artificios para pescar e hilar. Una señal evidente de hallarse ante una población, hacendosa y trabajadora, más desarrollada que las encontradas hasta entonces. Una isla importante a la que venían a negociar las naves del Gran Can. La tierra firme se encontraba a tan solo diez días de camino. Como recordará Las Casas en su *Historia General de las Indias*, no sabía Colón que a tan solo cinco días, navegando en canoa, estaba el Continente, “la que hoy llamamos la tierra Florida”.

BUSCANDO A ANDALUCÍA EN CUBA

Al día siguiente, lunes 29 de octubre, deseando tomar contacto con el rey de la isla, la flota levó anclas de la que hoy se conoce con el nombre de Bahía de Bariay con dirección Poniente. El impresionante espectáculo que se ofrecía a la vista de los marineros fue también descrito por el Almirante. Una punta le salía al Noroeste, Punta Velázquez, y otra al Este, Punta Cayuelo; a una legua divisaron un río grande, Jururú, al que llamaron de la Luna por haberlo descubierto un lunes. Ya anochecido, vieron otro río al que bautizaron con el nombre de Mares, pues en su cómputo marino ya era martes. Las casas que observaban desde sus navíos parecían más grandes y mejores que las que habían visto en Bariay.”Eran hechas a manera de alfaneques muy grandes, y parecían tiendas en real, sin concierto de calles, sino una acá y otra acullá y de dentro muy barridas y limpias y sus adereços muy compuestos. Todas son de ramos de palma, muy hermosas”. Se trataba de los bohíos de los indios taínos, un pueblo agroalfarero más adelantado que los cazadores recolectores lucayos que había conocido hasta entonces. En el interior de las casas encontraron “muchas estatuas en figu-

ra de mujeres y muchas cabezas en manera de carantona muy bien labradas”. Unas figuras que les desconcertaron, pues no se atrevieron a juzgar si eran simplemente adornos o ídolos. Como en Bariay, vieron perros que no ladraban, mas estos indios tenían también “avecitas salvajes mansas por sus casas”, y muchos aparejos de pesquería; y, por primera vez, sospechó el Almirante la existencia de ganado vacuno, “porque vido cabeças de gueso que le parecieron de vaca”; probablemente se trataba de testuces de manatíes. Probaron los caracoles que, al decir de Colón, eran muy grandes, pero carecían de sabor.

Como decíamos más arriba, el recurso que Colón empleaba para describir aquello que iba descubriendo era su comparación con lo ya conocido. Cuando ve Cuba, es Andalucía su punto de referencia. Así, “aquella mar le parece que debe ser siempre mansa, como el río de Sevilla”. La loma de Bariay le recuerda a la Peña de los Enamorados cerca de Antequera, en la provincia de Málaga, a medio camino entre Sevilla y Granada. Otra próxima le hace rememorar la mezquita de Córdoba, ya que “tiene ençima otro montecillo a manera de una hermosa mezquita”. Evidentemente, como señaló Antonio Núñez Jiménez, Colón se encontraba ante el cerro de la Mezquita de Colón, llamado popularmente Tetas de Bariay o Loma del Cucurucho.

LA BAHÍA DE GIBARA. EL DESCUBRIMIENTO DEL TABACO

Desde el 29 de octubre y, durante unos días, la armada fondeó en la bahía de Gibara. Ante las noticias que le daban los indios, asegurándole que en pocos días vendrían más indios del interior a ofrecerle sus mercaderías, decidió Colón que aquella tierra no era isla, sino tierra firme: “y es cierto que ésta es la tierra firme, y que estoy ante Zaiton y Quinsay”. La imaginación y el deseo de encontrarse ante las dos ciudades cantadas por Marco Polo le hace incluso sentir frío: “fallé que hazía frío”, advierte el día primero de noviembre.

La ocasión pedía un reconocimiento del interior y para ello decidió enviar, al día siguiente, a dos personas de su confianza con instrucciones precisas. Fueron los escogidos Rodrigo de Jerez, vecino de Ayamonte, y Luis de Torres, un converso que hablaba caldeo, hebreo y algo de árabe, que partieron en busca del rey de la tierra acompañados de dos indios y de

abundante comida para seis días. Una vez entablada relación, habrían de hacerle saber que el almirante llegaba de parte de los Reyes Católicos y que para ello tenía sus credenciales y “un regalo”. Además, deberían de estar atentos e informarse bien de la disposición de la tierra, el número de provincias y la localización de ríos y puertos. Para averiguar si había especiería llevaban los expedicionarios unas muestras, que seguramente habría preparado el boticario.

Tres días más tarde, el 5 de noviembre, regresaron los expedicionarios. Con exquisito cuidado anotó Colón todo cuanto éstos le refirieron:

“Dijeron cómo habían andado doze leguas que había hasta una población de cincuenta casas, donde diz que había mil vecinos porque viven muchos en una casa. Estas casas son de manera de alfaneques grandísimos. Dijeron que los habían rescibido con gran solemnidad según su costumbre, y todos así hombres como mujeres los venían a ver, y aposentáronles en las mejores casas; los cuales los tocaban y les besaban las manos y los pies, maravillándose y creyendo que venían del cielo y así se lo daban a entender. Dábanles de comer de lo que tenían. Dijeron que en llegando los llevaron de brazos los más horrados del pueblo a la casa principal y diéronles dos sillas en las que se asentaron y ellos todos se asentaron en el suelo en derredor dellos. El indio que con ellos iba les notificó la manera de vivir de los cristianos y como eran buena gente. Después saliéronse los hombres y entraron las mujeres y sentáronse de la misma manera enderredor dellos besándoles las manos y los pies atentándolos si eran de carne y hueso como ellos. Rogábanles que es estuviesen allí con ellos al menos por cinco días. Mostraron la canela y pimienta y otras especias quel almirante les había dado, y dijéronles por señas que mucha della había cerca de allí al Sueste pero que en allí no sabían si la había. Visto como no tenían recaudo de ciudades se volvieron, y que si quisieran dar lugar a los que con ellos se querían venir, que más de quinientos hombres y mugeres vinieran con ellos, porque pensaban que se volvían al cielo. Vino empero con ellos un principal del pueblo y un su hijo y un hombre suyo, habló con ellos el almirante, hizóles mucha honra. Señalóle muchas tierras e islas que había en aquellas partes, pensó de traerlos a los reyes y diz que no supo que se le antojó, parece que de miedo y de noche oscuro quiso-se ir a tierra. Y el almirante diz que porque tenía la nao en seco en tierra, no le queriendo enojar, le dejó ir diciendo que en amaneciendo tornaría, el cual nunca tornó. Hallaron los dos cristianos por el camino mucha gente que atravesaba a sus pueblos mujeres y hombres con un tizón en la mano, yerbas para tomar sus sahumeros que acostumbraban. No hallaron población por el

camino de más de cinco casas y todos les hacían el mismo acatamiento. Vieron muchas maneras de árboles e yerbas y flores odoríferas. Vieron aves de muchas maneras diversas de las de España, salvo perdizes y ruiseñores que cantaban y ánsares y desto hay allí harto. Bestias de cuatro piés no vieron salvo perros que no ladraban. La tierra muy fértil y muy labrada de aquellos mames y fexoes y habas muy diversas de las nuestras; eso mismo panizo y mucha cantidad de algodón cogido y filado y obrado y que en una sola casa habían visto más de quinientas arrobas, y que se pudiera aber allí cada año cuatro mil quintales. Dice el almirante que le parecía que no lo sombraban y que da fruto todo el año; es muy fino, tiene el capillo muy grande. Todo lo que aquella gente tenía diz que daba por muy vil precio y que una gran espuerta de algodón daban por cabo de agujeta o otra cosa que le den. Son gente, dice el almirante, muy sin mal ni de guerra. Desnudos todos hombres y mujeres como sus madres los parió. Verdad es que las mujeres traen una cosa de algodón solamente tan grande que le covija su natura y no más, y son ellas de muy acatamiento, ni muy negras, salvo menos que canarias”.

En esta primera y amplia descripción de los cubanos se pueden apreciar las características de aquel pueblo, acogedor, que recibió con delicadeza a los recién llegados. Los indígenas no dudaron en ofrecer a los españoles de comer y de beber, dándoles cuanto tenían y llevándolos a sus casas con un sentido de la hospitalidad extrema. A los recién llegados, como a invitados principales, les ofrecieron como asiento los dujos, esas sillas bajas en las que se sentaban los caciques; y, siguiendo un ritual estricto, primero pasaron los hombres y, más tarde, las mujeres. Tanto unos como otros parece que se sorprendieron del color de los recién llegados, pero tan solo las mujeres, más curiosas, se atrevieron a palparles tocándoles los pies y las manos.

Fue en esta ocasión cuando el uso y consumo del tabaco fue descrito por primera vez. Ya desde su llegada a San Salvador Colón había observado a unos indígenas que llevaban unas hierbas que mascaban y que le ofrecían como cosa preciada; pero no fue hasta la llegada a Cuba cuando por primera vez vemos a los indios fumando tabaco, “mujeres y hombres con un tizón en la mano”. Una costumbre a la que el almirante no pareció dar mayor importancia, como tampoco se la dio muchos años más tarde fray Bartolomé de las Casas, que no comprendía el placer que podía proporcionar aquel cartucho: “encendido por una parte del, por otra chupan o sorben o reciben con el resuello para adentro aquel humo, con el cual se adorme-

cen las carnes y cuasi emborracha, y así diz que no sienten el cansancio. Estos mosquetes llaman ellos ‘tabacos’. Españoles conocí yo en esta isla Española que los acostumbraron tomar, que siendo reprendidos por ello, diciéndoseles que aquello era vicio, respondían que no era en su mano dejallas; no sé que sabor o provecho hallaban en ello”.

Mientras que Luis de Torres y Rodrigo de Jerez reconocían el interior de la isla, el almirante anduvo fondeando aquí y allá sus naves, siempre tomando como punto de recalada el puerto de Mares, del que dijo el 5 de noviembre, “que es de los mejores del mundo”. Desde su nave divisó aquel día “un cabo de peña altillo <donde> se puede hacer una fortaleza, para que si aquello saliese rico y cosa grande estarían allí los mercaderes seguros de cualquiera otras naciones”. Como recordaba A. Núñez Jiménez, siglos más tarde en aquella loma se contruyó el fuerte Fernando VII para custodiar, desde la margen occidental, la bahía de Gibara, lo que demuestra la calidad de buen estrategia del genovés.

El 12 de noviembre la flota puso rumbo a la isla de Babeque, quizá Inagua Grande, al norte del canal que separa Haití de Cuba. Atrás dejaba el puerto y río de Mares, que recordará siempre Colón como un maravilloso lugar.

LA BAHÍA DE TÁNAMO

Al dejar el puerto de Mares, según era su costumbre, decidió el almirante tomar algunos indios para llevarlos a Castilla con objeto de que aprendieran el castellano y pudieran servir, en próximos viajes, como intérpretes. Aquel día de navegación lo aprovechó para escribir en su Diario nuevas impresiones de los indígenas cubanos. En primer lugar a Colón, un hombre profundamente religioso, le interesa anotar la posibilidad de convertir al cristianismo a los cubanos:

“Esta gente no tiene secta ninguna ni son idólatras, salvo muy mansos y sin saber qué sea mal ni matar a otros ni prender, y sin armas y tan temerosos que a una persona de los nuestros fuyen ciento dellos, aunque burlen con ellos, y crédulos y cognoscedores que ay Dios en el çielo, e firmes que nosotros avemos venido del çielo, y muy prestos a cualquiera oraçión que nos les digamos que digan y hazen el señal de la Cruz. Así que deben Vuestras

Altezas determinarse a los hacer cristianos, que creo que si comienzan, en poco tiempo acabaran de los aver convertido a nuestra sancta fe multitudum bre de pueblos”.

Pero junto a esa aspiración hay siempre un móvil económico que el Almirante no olvida. Y así le vemos analizar las posibilidades económicas de Cuba:

“....y cobrando grandes señoríos y riquezas, y todos sus pueblos de la España. Porque sin duda es en estas tierras grandíssima suma de oro, que no sin causa dizen estos indios que yo traigo que ha en estas islas lugares donde cavan el oro y lo traen al pescueço, a las orejas e a los braços e a las piernas, y son manillas muy gruesas y también ha piedras y ha perlas preçiosas y infinita especería. Y en este río de Mares, de adonde partí esta noche, sin duda ha grandíssima cantidad de almáciga y mayor, si mayor se quisiere hazer, porque los mismos árboles, plantándolos prenden de ligero, y ha muchos y muy grandes, y tienen la hoja como lentisco y el fruto, salvo que es mayor así los árboles como la hoja, como dize Plinio e yo e visto en la isla de Quío en el Arcipiélago; y mandé sangrar muchos destos árboles para ver si echaría resina para la traer, y como aya siempre llovido el tiempo que yo e estado en dicho río, no e podido aver della, salvo muy poquita que traigo a Vuestras Altezas; y también puede ser que no es el tiempo para los sangrar, que esto creo que conviene al tiempo que los árboles comiençan a salir del invierno y quieren echar la flor, y acá ya tienen el fruto cuasi maduro agora; y también aquí se avría grande suma de algodón y creo que se vendería muy bien acá sin le llevar a España, salvo a las grandes ciudades del Gran Can que se descubrirán sin duda y otras muchas de otros señores que avrán en dicha servir a Vusetras Altezas, y adonde se les darán de otras cosas de España y de las tierras de Oriente, pues estas son a nos en Poniente. Y aquí ha también infinito lignálóe, aunque no es cosa para haxer gran caudal.”

Después de esta información acerca de la posible explotación de Cuba vuelve el almirante a recordar otra de sus obsesiones, llevar indígenas a Castilla para que “aprendan la lengua”:

“Ayer vino a bordo una almadía con seis mançebos y los çinco entraron en la nao; estos mandé detener e los traigo. Y después enbié a una casa que es de la parte del río del Poniente, y truxeron siete cabeças de mujeres entre chicas e grandes y tres niños. Esto hize porque mejor se comportan los hombres en España aviendo mujeres de su tierra que sin ellas, porque ya otras muchas

vezes se acaesció traer hombres de Guinea para que deprendiesen la lengua en Portugal y después que bolvían y pensaban de se aprovechar déellos en su tierra...en llegando en tierra jamás parecían otros, no lo hazían así. Así que, teniendo sus mujeres, ternan ganas de negociar lo que se les encargare y también estas mujeres mucho enseñarán a los nuestros su lengua, la cual es toda una en todas estas islas de India, y toidos se entienden y todas las andan con sus almadías, lo que no ha en Guinea, adonde es mil maneras de lenguas que la una no entiende la otra. Esta noche vino a bordo en una almadía el marido de una destas mujeres y padre de tres fijos, un macho y dos hembras, y dixo que lo dexase venir con ellos, y a mi me aplogo mucho, y quedan agora todos consolados con él, que deben todos ser parientes, y él es hombre ya de 45 años.”

En esta ocasión Colón se nos muestra como un profundo defensor de la familia.

Desde Gibara (puerto de Mares) la flota se engolfó hasta el cabo Lucrecia, llamado por Colón el cabo de Cuba. Al poner el sol, el 13 de noviembre, ante su vista aparecieron “una abra, que es una abertura de sierras” y dos montañas “grandísimas”. Habían llegado a la bahía de Tánamo, que llamó la Mar de Nuestra Señora, frente a las sierras de Nipe y de Cristal. En el puerto donde anclaron el 16 de noviembre, Puerto Príncipe, se toparon con algo que hasta entonces nunca habían visto: “dos maderos muy grandes, uno más largo que el otro y el uno sobre el otro hechos cruz, que diz que un carpintero no los pudiera poner más proporcionados; y, adorada aquella cruz, mandó hazer de los mismos maderos una muy grande y alta cruz”. Desconocemos qué uso darían los indios a aquella cruz, que Colón convirtió en cristiana. Se ha sugerido que podría ser el símbolo del huracán, dios de las tormentas, los cuatro brazos representando los cuatro vientos en acción.

También en la bahía de Tánamo pudieron comprobar que había gran cantidad de ostras, aunque ninguna de ellas contenía perlas; una contrariedad que Colón atribuyó “a que no debía de ser el tiempo dellas, que creía él que era por mayo y junio”. Pescaron un manatí que “parecía propio puerco, no como tonina; el cual dize que era todo concha muy tiesta, y no tenía cosa blanda sino la cola y los ojos y un agujero debaxo d’ella para expender sus superfluidades”. Un animal que tanto sorprendió al almirante, que mandó que lo salaran para llevarlo a Castilla para mostrarlo a los reyes. No parece que llegara a ser visto en la Península pues, de haber sido expuesto en la Corte, no dejaría de haberlo anotado algún cronista.

Hasta el 22 de noviembre permaneció la armada en Puerto Príncipe, admirándose unos y otros de la bondad de la tierra y de la profundidad y buenas condiciones del puerto.

LA BAHÍA DE MOA

A poco de salir de la bahía de Nuestra Señora, los indios guías se sintieron aterrorizados y al punto explicaron la causa de su temor: la tierra que veían enfrente era Bohío (Haití), “la cual dezían que era muy grande y que avía en ella gente que tenía un ojo en la frente, y otros que se llamaban caníbales, a quien mostraban tener miedo; y desde que vieron que lleva este camino, diz que no podían hablar, porque los comían y son gente muy armada”. Ya fuera por no encontrarse con los caníbales o bien porque el tiempo no le fue propicio, el hecho es que Colón dio orden de cambiar de rumbo para llegar de nuevo a la costa norte de Cuba.

El 25 se hallaba a la entrada de un puerto, frente a una “isla llana”, desde donde se divisaba “un grande arroyo de muy linda agua que descendía de una montaña abajo, y hacía un gran ruido. Fue al río y vio en él unas piedras relucir con unas manchas en ellas de color de oro, y acordóse que en el río Tejo, que al pié del junto a la mar se halló oro, y parecióle que cierto debía de tener oro, y mandó coger ciertas de aquellas piedras para llevar a los reyes. Estando así dan voces los mozos grumetes diciendo que veían pinales”. El puerto, dentro de la “isla llana”, que Colón llamó Santa Catalina, se ha identificado con el cayo Moa Grande y el río en el que creyeron ver arenas auríferas con el río Moa.

BARACOA

Al día siguiente, con rumbo Sudeste, navegaron hacia el cabo del Pico, llamado hoy Punta Guarico y siempre con el mismo rumbo hasta el cabo que llamó de Campana, al que no pudo llegar porque le faltó el viento. El 26 de noviembre contó el almirante “nueve puertos muy señalados” y “cinco ríos grandes, porque iba siempre junto con tierra para verlo bien todo”. Una vez más se demuestra que Colón fue un buen observador, pues pese a que las distancias que señala son aproximadas, el número es exacto:

ensenada de Cañete, de Yamanigüey, boca de Jiguaní, ensenada de Jaraguá, bahías de Taco, Nibujón y Cayoguanegue, las ensenadas de Navas, Baez, Maraví y Sigua y las desembocaduras de los ríos Toba y Duaba. En fin, estaba en la hermosísima bahía de Baracoa, que Colón describió con claridad el 27 de noviembre cuando dijo hallarse frente a un “cabo en el cual ay una montaña alta y cuadrada” refiriéndose a lo que se llama el Yunque de Baracoa, que Colón bautizó con el nombre de Puerto Santo.

En su *Diario* señala el almirante las dificultades que implicaba la entrada en el puerto a causa de las rocas. En una población cercana a la playa hallaron los marineros “un pan de cera, que trujo a los Reyes”, buena señal, pues como sigue diciendo el almirante, “donde cera ay también debe aver otras mil cosas buenas”. Al comentar fray Bartolomé de las Casas este pasaje, señaló: “Esta cera nunca la hobo en la isla de Cuba, y aqueste pan que dize que halló era del reino y provincias de Yucatán, donde había inmensa cantidad de cera, y muy buena, amarilla, el cual pudo venir allí, o porque algunos indios de aquella isla fuesen a Yucatán en sus canoas... o que los indios mercaderes de las mismas provincias de Yucatán, que trataban por muchas partes de la costa de aquella tierra firme, con tormentas se les trastornase alguna canoa y por tiempo los aguajes lo trujesen a la costa de Cuba”.

Junto al pan de cera hallaron también los cristianos “una cabeza de hombre dentro de un cestillo, cubierto con otro cestillo y colgado de un poste de la casa, y de la misma manera hallaron otro en otra población”. Atinadamente consideró el almirante que debía de tratarse del cráneo de algún principal; en todo caso, parece que debía tratarse de algún rito funerario. Por su parte, Las Casas en su *Historia* asegura haber visto muchas de estas cabezas colgadas en los dinteles de las puertas, costumbre que atribuye a un deseo de conservar a un familiar o a “personas que ellos amaban, porque decir que eran de los que comían no es cosa probable”; negando toda posibilidad de canibalismo entre los habitantes de Cuba.

El tiempo contrario les impidió salir del puerto; una ocasión que, como hemos visto más arriba, aprovechaba el almirante para extenderse en narrar en su *Diario* sus comentarios más sosegadamente. El lunes, 3 de diciembre, mostró sus armas a los indígenas, que en esta bahía no parecían ser tan amigos, pues desde sus barcas trataban de impedirle la entrada en la bahía. Las armas europeas, como es lógico, causaron pavor a los lugareños, que así nos son descritos por D. Cristóbal:

“Eran muchos, todos tintos de colorado y desnudos como sus madres los parió, y algunos dellos con penachos en la cabeça y otras plumas, todos con sus manojos de azagayas”.

Seguro de sus armas, sigue diciendo el almirante cómo consiguió solventar la situación:

“Lleguéme a ellos y diles algunos bocados de pan y demandeles las azagayas. Y dáales por ellas a unos un cascavelito, a otros una sortizuela de latón, a otros unas contezuelas, por manera que todos se apaciguaron y vinieron todos a las barcas y daban cuanto tenían por quequiera que les davan. Los marineros habían muerto una tortuga y la cáscara estaba en la barca en pedazos y los grumetes dábanles della como la uña, y los indios les davan un manajo de azagayas”.

Y, como si se viera en la necesidad de volver a repetir la cantinela de siempre, vuelve a recordar que los cubanos no tenían religión alguna:

“Ellos son gente como los otros que he hallado y de la misma creencia, y creían que veníamos del çielo, y de lo que tienen luego lo dan por cualquiera cosa que les den, sin dezir qu’es poco, y creo que así harían de especiería y de oro si lo tuviesen. Vide una casa hermosa no muy grande y de dos puertas, porque así son todas, y entré en ella y vide una obra maravillosa, como cámaras hechas por una cierta manera que no lo sabría dezir, y colgado al çielo della caracoles y otras cosas, yo pensé que era templo, y los llamé y dixe por señas si hazían en ella oración; dixeron que no, y subió uno dellos arriba y me dava todo cuanto allí avía, y dello tomé algo”.

LA TIERRA DE LA JUANA, “A LA QUE ELLOS LLAMAN CUBA”

Al día siguiente, 4 de diciembre, salió el almirante del Puerto Santo en dirección Este hasta un cabo que llamó Cabo Lindo y que hoy conocemos como Punta Fraile. Frente a la punta de Maisí, la postrera de Cuba, ordenó el almirante fondear sus naves, esperando que los vientos le fueran propicios para dirigirse a la isla de Baveque. Ante la imposibilidad de continuar, optó D. Cristóbal por dejar Cuba, que en esta ocasión llamó Juana, nombre con el que la había bautizado en homenaje a la princesa española, para ir a ver aquella misteriosa isla Bohío, tan temida por los indígenas que

lo acompañaban. Al amanecer del día siguiente, ya se encontraba frente al puerto de San Nicolás en Haití, que llamó Puerto María.

Durante 40 días había permanecido la flota en “la tierra más hermosa”. El viaje debía de continuar, pues el almirante tenía que observar cuantas más islas pudiera antes de regresar a Castilla. La primera impresión de Cuba le dejó sin lugar a dudas muy profunda huella. Antes de terminar su viaje recordará a sus habitantes, su verdura y sus puertos y, en adelante, en muy escasas ocasiones la llamará Juana y cuando lo haga aclarará: “la tierra de la Juana, a la que ellos llaman Cuba”, o bien, “Juana de Cuba”.

LA TIERRA FIRME: CUBA, FIN DE ORIENTE

Apenas año y medio más tarde, el 24 de abril de 1494, zarpaba el almirante de la isla Española para reconocer la costa meridional de Cuba. Al analizar detenidamente los escritos colombinos y los de sus cronistas, Pedro Mártir de Anglería, Andrés Bernal y fray Bartolomé de las Casas vemos a D. Cristóbal convencido de que aquella Punta Maisí era nada menos que el extremo del continente asiático.

Al tratar de la segunda visita de Colón a Cuba, en abril de 1494, nos dice Pedro Mártir: “Saliendo pues con tres navíos, en breve tiempo llegó a la provincia que en la primera navegación, pensando que era isla, la llamó Juana, y al principio de ella le puso el nombre de “Alfa y Omega”, porque juzgaba que en ella estaba el fin de nuestro Oriente, poniéndose allí el sol, y el de occidente, saliendo. Pues consta que el principio de la India ultragangética está por el occidente y su término por Levante”. Es claro que se trataba de la punta de Maisí, la punta de Cuba más cercana a La Española y a ella se dirigió Colón cuando quiso comprobar que aquélla era, precisamente, la tierra firme. La tierra firme cercana al reino del Gran Kan, aquélla a la que debía llegar, según había prometido a sus reyes.

En el transcurso de aquel viaje de reconocimiento el almirante, para curarse en salud, hizo firmar el 12 de junio de 1494 un documento a los hombres que lo acompañaban. Como ya señaló el erudito americano Samuel E. Morison, Colón “contaba con un precedente: seis años antes, Bartolomé Días había hecho exactamente lo mismo cuando sus gentes lo obligaron a regresar desde las puertas mismas de la India; y como Colón se encontraba en Lisboa cuando Días llegó allí, es posible que viera el docu-

mento o se enterara del hecho”. En la carabela Niña, que antes se llamaba la Santa Clara, el escribano Diego de Peñalosa anotó fielmente la fórmula del juramento que se tomó a los expedicionarios.

Se trataba de un error grave del almirante que sus admiradores achacaron no a su persona sino a los indios, sus informantes. Al reconocer la isla y en los dos viajes que, en años sucesivos Colón hizo a Cuba, bien pudo comprobar su equivocación. Pero nunca reconoció su error.

Hace una decena de años aparecieron una serie de cartas del Almirante a los reyes en lo que se denominó *El Libro Copiador*. Una de esas cartas, fechada el 25 de febrero de 1495 en la Isabela, relata precisamente esta expedición a la costa meridional de Cuba con tres carabelas: la “Niña” (Santa Clara), la “Cardera” y la “San Juan”.

Dada la importancia de este documento, hasta ahora poco conocido, transcribimos a continuación los textos colombinos que nos irán indicando de primera mano la derrota de esta segunda visita del Almirante a Cuba.

EL CABO DE ALFA E O

“A veinte y cuatro días de abril partí con tres caravelas de vela redonda con buen tiempo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo al poniente, y en pocos días llegué al muy señalado puerto de San Nicolás, el cual está enfrente desta isla, al cabo de Alfa e O, que es en la Juana, la cual no es isla sino tierra firme, fin de las Indias por Oriente y comencó navegando por Poniente, distinto este sobredicho puerto diez y ocho leguas. Y sin entrar en él atravesé el golfo y llegué a buenas oras al sobredicho cavo de Alfa e O, y dexé de seguir la costa de la tierra de la parte del setentrión, por donde el viaje primero yo avía andado, y navegué al poniente corriendo la otra costa de la parte del austro, las cuales costas van así al poniente, desviándose la una del polo ártico y la otra acercándose a él por la fechora de la tierra, que comiença por angosto y se alarga, navegando, en forma de vela de caravela latina. De la cual costa que así iba subiendo al setentrión dexé de seguir porque era invierno, por el cual temor, por ser el primero biaje, buscaba yo de fuir del setentrión al austro a la temperança, y a este causa navegué al oriente buscando el fin de la tierra para pasar al austro. Y bien que según mi navegación y distancia que después yo había pasado de la espera yo tenía esta tierra por firme, y no isla, yo me dexé creer a la figura de los indios, que la ponían por isla; y según mi albedrío yo estaba en la provincia de Mango, que se comunica con la nobilísima provincia del Catayo, así como escreví aquel tiempo a Vuestras Altezas,

y fuera yo entonces dello çierto agora, quando cometí el biaje, todavía llevara mi camino a esta provincia a la ciudad de Quinsay y ver della y de otras tantas si es tan nobilísima y riquísima como se escribe y si tiene la amistad de cristianos que se dize agora.

”Y así seguí el mesmo viaje y descubrí y fui a la isla de Jamaica en breves días, a Nuestro Señor sean dadas infinitas gracias, con muy próspero viento, y dende bolví a la tierra firme y seguí la costa della al Poniente LXX días fasta aver pasado a estar muy cerca del Aurea Cheroneço, dende donde tomé la buelta por themor a los vientos, porque no mudasen, y por la gravísima navegación que yo fallaba por el poco fondo con navíos grandes y muy peligroso navegar por tantas canales, adonde se acaeció muchas veces me quedar los navíos todos tres en seco, que el uno no podía ayudar al otro, y otras veces que no faltava más de un codo de agua, y por fuerça de cabestrante y anclas pasava adelante por fuerça, y no menos a la ida como a la buelta, porque yo avía determinado con la esperanza de Nuestro Señor de andar tanto adelante, que yo estoviese muy çierto que yo estava en la tierra firme y pasado todas las isla y çertificar que la Juana no es isla. Y a mi bien determiné la buelta, porque se me avían perdido gran parte de los mantenimientos, que se avían bañado del agua de la mar quando los navíos davan en seco, que a las beces estaban para se abrir del todo; más yo llevaba maestros y todos otros aparejos pareia los adovar y tornar a fazer de nuevo, si menester fuese, y andava muy bien proveído de todo. De tal manera me vi en tiempo y voluntad que, si yo toviera mantenimiento, yo provara de volver a España por oriente biniedo a Ganges, dende í al Signo Arábico y después por Etiopía. Abasta que, después de andado trescientas e veinte e dos leguas a quatro millas cada una, así como acostumbramos en el mar, del cabo de Alfa e O, y pasado islas innumerables, de las cuales en fin del viaje avía yo anotado setecientas de las mayores, me bolví e no por el camino por donde avía andado, como más largo diré abajo; en el cual cabo de Alfa e O puse columnas con cruz en nombre y señal de V. Al., por ser el extremo cabo de oriente de la tierra firme, así como tiene en poniente el cavo de Finisterre, qu'es otro cabo extremo de la tierra firme a poniente, en medio de los cuales amos, se contiene todo el poblado del mundo, sacado la Ysavela con otras islas de los caníbales y otras pocas”.

LA BAHÍA DE GUANTÁNAMO Y CABO CRUZ

De Punta Maisi la armada navegó a lo largo de la costa sur de Cuba hasta llegar a la bahía de Guantánamo, que llamó, Bahía Grande. Una vez

más, la naturaleza les daba indicios de estar en Asia, según lo demostraba la existencia de árboles que daban doble fruto al año, como en la India anti-gua, o la presencia de las hutías, que Colón identificó después con las “ratas del Faraón” (las marmotas) de que había hablado Marco Polo. Gracias a los buenos servicios del indio Diego Colón pudieron entablar conversación con los naturales.

“Partí en nombre de Nuestro Redentor jueves, veinte y cuatro de abril, de la Ysavela, y el martes siguiente llegué al cavo de Alfa e O , que son [hueco en el original] leguas de cuatro millas cada una, y con muy buen tiempo navegué al poniente corriendo la costa de la Juana, la cual me queda aún a mano derecha de la parte del setentrión, fasta un singularísimo puerto que yo llamé Grande; la entrada d’él es la avertura de una peña no más que de çinquenta pasos en ancho, y tiene doze brazas de siete palmos cada una de fondo, y dentro d’esta boca ay no más de sesenta pasos; de longura y anchura para estar todas las naos del mundo. Desde el cabo de Alfa e O fasta este puerto es toda la tierra montañosa, no estérile ni despoblada de árboles y yervas, aunque no son tan altas y verdes como en otros cavos que fasta aquí en las Yndias e visto; por ventura aquella sazón del año causava que paresçen ser como en noviembre las sierras de Castilla, bien que yo e experimentado yo esto, que dos vezes en el año los árboles y yervas aquí dan fruto, y allí en este tiempo todos los árboles heran sin fojas, y grande cantidad vi d’ellos con flores y fruta, de los cuales suví a la mar un olor suavísimo. En este sobredicho puerto ninguna población avía, así como en toda esta costa, y luego que yo entré en él vi a mano derecha muchos fuegos junto con el agua y un perro y dos cámaras sin persona alguna. Descendí en tierra y vi más de cuatro quintales de peze en asadores al fuego, y conejos y dos serpentes. Y allí açerca bi en muchos lugares presas al pie de los árboles muchas serpientes, la más asquerosa cosa que hombres vieron: todas tenían cosidas las bocas salvo algunas, que no tenían dientes; eran todas de color de madera seca y el cuero de todo el cuerpo <muy arrugado>, en espeçial aquél de la cabeza que le descendía sobre los ojos, los cuales tenían benenosos y espantables; todas estaban cubiertas de sus conchas muy fuertes, como un pece de escama, y desde la cabeza fasta la punta de la cola por medio del cuerpo tenían unas conchas altas y feas y agudas como puntas de diamantes. Mandé tomar todo el pescado para refresco de la gente, y después con las barcas de los navíos andube buscando el puerto, y de cavo bi en un cerro mucha gente, todos desnudos, como en estas partidas andan. Hízeles señalar que se allegasen, y a cavo de buen rato se acercó uno d’e-llos aí ençima de una peña; y fablado que ovo con este indio que yo traigo,

qu'es Diego Colón, uno de los que fueron a Castilla, el que ya save fablar muy bien nuestra lengua, luego se allegó a las barcas y llamó a todos los otros, que serían setenta, y me dixo que su rey, o caçique a quien ellos llaman, los avía embiado allí a pescar y caçar estas serpientes, porque quería fazer una fiesta. Y fizele yo <dar caxcaveles y fizele yo> dezir cómo avía mandado tomar todo el pescado y no otra cosa, y por ello le dava aquellos caxcaveles y otras cosas. Holgaron mucho cuando supieron que las serpientes quedavan, y respondieron que todo fuese en buen ora y que en la noche pescarían <más>”.

En el camino al golfo de Guacanayabo y de allí hasta el cabo de Santa Cruz igual que el año anterior, los indios —que creían que venían del cielo— les invitaban a acudir a sus casas.

“Y el día siguiente antes del sol salido di la bela y seguí mi camino al poniente, siempre prosiguiendo la costa de la tierra, la cual siempre andava mejorando en hermosura y más poblada. El tiempo hera, a Dios sean dadas infinitísimas graçias, muy bueno. No quise detener al llamado de nadie, que maravilla hera ber tanta gente, hombres y mugeres y niños, que todos corrían tras nosotros por las playas, llamándome e amostrándome el pan y las calabazas de agua, llamándonos “gente del çielo, que fuésemos a sus casas”; y otros en ‘canoas’, que así llaman a sus barcas y fustas, y otros nadando me seguían. Y el viento hera fresco, y yo lo lograva, porque las cosas de la mar no tienen haz, que muchas vezes por un día se pierde un viaje; y ansí navegué fasta un golfo adonde avía infinitísimas poblaçiones y las tierras heran que todas parecían huertas, las más hermosas del mundo, y toda tierra alta y montañas de acá dentro. Sorgí allí, y la gente de toda la comarca luego vinieron, y traían pan y agua y pescado, qu'esto es lo que tienen en estima. Y luego en amaneciendo partí el día siguiente, y andando fasta el cavo de la Espuela determiné de dexar este camino y esta tierra, y navegar en busca de la isla de Jamaica al austro y al sudueste”.

A JAMAICA Y RETORNO A CUBA. MACACA Y EL JARDÍN DE LA REINA

Pocos días más tarde, el 14 de mayo, regresó Colón a Cuba para ir a la tierra de Macaca, cuyo cacique —que ya tenía noticias de la existencia del almirante por el padre del cubano Simón, estante entonces en la corte al servicio del príncipe D. Juan— le aseguró que Cuba no era tierra firme

sino isla. Siempre en sus trece, el almirante decidió no dar crédito a las informaciones que los indígenas les proporcionaban.

“Y bolví a la Juana tierra firme, con propósito de seguir la costa d’ella que yo avía dexado, hasta ver si era isla o tierra firme. Y fue a demandar una provincia a que llaman Macaca, qu’es muy hermosa y poblada, y fue a çorgir a una población muy grande, el çaquíe de la cual luego me embió buen refresco e a dezir que ya me conoçía por oídas del primero viaje que yo avía estado de la otra parte del setentríon d’esta tierra, y que conocía al padre de Ximón, aquel indio que tenía el príncipe mi señor, de que yo me maravillé mucho. E yo entré en la barca y fui a tierra, y después de le dado muchas cosas que tienen en preçio, le pregunté si esta tierra hera isla; y él con otros muchos viejos que con él allí estaban respondieron que sí, mas que era tierra infinita de que nadie no avía visto el cavo d’ella al poniente. Gente hera ésta muy mansa y desviados de malos pensamientos. Ay diferençia d’ellos a los de todas las islas, y eso mismo en las aves y alimañas, que todas son de mejor conversaçión y más mansas”.

Nada menos que 174 islas contó Colón en el archipiélago que nombró Jardín de la Reina. De nuevo hubo de recordar el almirante las “autoridades” que habían situado innumerables islas en los mares de la India. Tanto Ptolomeo como Marco Polo llegaron, incluso, a fijar su número: el primero en 1.378 y el segundo en 7.448.

“Navegué el siguiente día, que fue a quinze de mayo, al setentríon declinando al norueste siguiendo la costa d’esta tierra, y a ora de vísperas vide muy lejos qu’esta costa bolví al poniente. Yo desde entonzes llevé aquel camino, aunque la tierra no me quedase a mano derecha; y esto fue porque me faltava el fondo. Y otro día al salir del sol miré de ençima del mástel del navío y vi la mar cuajada de islas a todos los quatro bientos, todas verdes y llenas de árboles, la cosa más fermosa que ojos vieron. Temía de navegar entr’ellas por las baxas y porque an menester mill vezes cada día los vientos todos, porqu’el canal de la una no conforma con aquél de la otra. Quisiera pasar al austro y ver si pudiera navegar al poniente y dexar estas islas a mano derecha, mas yo me acordé y tengo notiçia que toda esta mar es ansí d’ellas hasta el trópico del Capricornio, y entonzes yo estava açerca de aquél de Cancro; determiné de andar adelante y seguir mi intinçión de no me dexar de la vista de la tierra firme. Cuanto más andava, descubría más islas, que día se hizo que anoté çiento y setenta y quatro. El tiempo para navegar entr’ellas me lo dio Nuestro Señor siempre a pedir por la boca, que corrían los navíos que paresçia que bolavan”.

Vieron un guacán, que los españoles llamaron “pez reverso”:

“Llegué a posar día de Pentecoste a la costa de la tierra firme en un lugar despoblado y no por destenperança del çielo ni esterilidad de la tierra, en un grande palmar de palmas que paresçían llegavan al çielo. Allí a la orilla de la mar en la tierra salían dos ojos de agua en el alto con ínpetu más de un pie, quando la marea era de creçiente, atán fría y sabrosa, la mejor que hombres vieron; y este frior no es salvaje, como otros que dañan el estóma-go. Descansamos allí en esta yerva con estas fuentes y al holor de las flores, que allí se sentía maravilloso, y a la dulçura del cantar de los paxaricos, tan suave y de tantos, y a la sombra d’estas grandes palmas y fermosísimas. Vi allí señal de gentes y ramos de palmas cortados. Y después de aver descansado un poco entré en las barcas y fui a ver un río que me quedava al levante media legua, y fallé el agua d’él estar tan caliente qu’escasamente se çofría la mano en ella. Andube por él arriba bien dos leguas sin hallar gente ni casas, y siempre en la tierra hera aquella fermosura y los palmares grandes y verdes y en ellos infinitas grúas atán coloradas como escarlata, y en todas partes el holor de los árboles y flores y el cantar de los paxaricos, que era cosa maravillosa; ni menos este holor ni cantar hallé en todas las islas falladas, las cuales no ove lugar de nombrar cada una por su nombre, porque eran infinitas; mas en general las llamé a todas el Jardín de la Reina. El día siguiente, estando yo muy ganoso de aver lengua y saver d’esta tierra, vi una canoa de gente que andava a caça de pezes; caça le llaman ellos y yo, porqu’es ansí la forma, porque tienen estos caçadores çiertos pezes amostrados, los cuales son ansí de fechura de congrio, y los traen atados por la cola con un cordel muy cumplido. Y estos pezes tienen la cabeza larguilla, toda llena de fosas ansí como de pulpo, y es muy osado, qu’él acomete a cualquier otro por grande que sea y se le apegas con la cabeza en el lugar más ofensíble, y no le despegará d’él antes que mueran. Y ansí los caçadores lo hechan al pez que quieren, y él es muy presto y se le apegas adonde yo dixé, y después tiran por el cordel y sacan el uno y el otro hasta la lumbré del agua, adonde le matan y prenden con mayor cuerda. Así que estos caçadores estavan muy desviados de mí, e yo les embié las barcas armadas y con arte porque no se les fuyesen a tierra; y llegados a ellos, les hablaron estos caçadores de lexos como corderos sin malíçia, diziendo que se detuviesen con las barcas, porque tenían uno d’estos pezes pescando en el fondo a una grande tortuga, hasta que lo oviesen recogido en la canoa; y ansí lo hizieron. Y después tomaron la canoa y ellos con quatro tortugas, y cada una tenía quatro cobdos en largo, y los truxeron a los navíos y me dieron nuevas de la tierra y de su caçique, qu’estava allí muy çerca, que los avía

embiado a pescar, y me rogaron que fuese allá, porque me faría gran fiesta. Diéronme todas cuatro las tortugas, e yo les di muchas cosas, con que fueron muy contentos. Preguntéles si esta tierra hera muy grande, y me respondieron que no tenía cavo al poniente y era cuajada de islas. Diles liçençia, y ellos me preguntaron cómo yo me llamava, qu’ ésta es la costumbre que tienen en cuantos cavos yo boy, y después bolvieron a su exerçiço, mas primero me dieron el nombre de su caçique sin que yo se lo preguntase, honrándose d’ello, que así lo hazen en todo cavo”.

CABAYONES, ESCAMBRAY Y EL CACICAZGO DE HORNOPHAY

Dobló el Cayo Cabayones sin entrar en contacto con los indígenas que, en cuanto veían llegar la flota, huían hacia el interior. Admiró las infinitas conchas de tortugas y supo que los gozques, aquellos perros que nunca ladraban, eran buenos de comer.

“Partí de aí por de dentro d’estas islas en las canales más nabegables siguiendo al poniente, y siempre no me desviava de la tierra firme, y con buen tiempo, a Dios sean dadas infinitas graçias. Y andando muchas leguas hallé una isla más grande y al cavo d’ella una grande población. Y bien que yo llevase muy buen tiempo, determiné de surgir y fue a tierra, mas no fallé persona alguna, porque todos avían huido. Gente sería que se governava de pescado; infinitas conchas de tortugas tenían muy grandes por aquella playa. Haí fallé todos juntos bien cuarenta perros no grandes y muy feos, como criados a pescado, ni ladravan, y supe que los indios los comen, y aun de nuestros christianos los an provado y dizen que saven mejor que un cabrito. Muchas garzotas mansas y otras avezillas tenían allí estos indios”.

Tras dejar de lado la mayor de las islas del grupo llamado Cinco Balas decidió arrumbarse a la costa cuando divisó las montañas de Escambray. Ayudado del indio Diego, en una playa supo de un viejo la proximidad de “Magón”, que al instante Colón identificó con la Mangi de Marco Polo, donde nacía la gente con cola. Tras pasar por los cayos Largo y Cantiles, divisó los picos de la sierra de la Trinidad:

“Partí yo de allí sin le tocar en nada, y luego hallé otra isla muy mayor, mas no curé salvo de llevar mi camino a unas montañas altísimas de la tierra firme, qu’estava<n> de mí catorze leguas, y allí fallé una gran población y el

caçique con toda su gente de muy buena conversaçión y bien t<r>atábiles, y nos dieron mucho refresco de pan y fruta y agua. Preguntéle si esta tierra es mucho adelante al poniente; respondió el caçique, el cual hera hombre de bien, viejo, con otros de su tiempo, qu'esta tierra hera grandísima, que jamás avía oído dezir quien la supiese el fin; más adelante sabría nuevas de la gente de Magón, de la cual provincia ellos estavan comarcanos. Navegué el siguiente día al poniente, siguiendo siempre la costa d'esta tierra y andando muchas leguas, siempre por las islas, más grandes y no tan ásperas. Llegué a una sierra muy alta y grande, que andava muy mucho por la tierra adentro, atanto que no pude ver el fin d'ella; y d'esta parte de la mar d'ella avía poblaçiones infinitas, de las cuales luego vinieron a los navíos gente infinita con fruta y pan y agua y algodón hilado y conejos y palomas y de otras mill maneras de aves, cantando por fiesta, creyendo todavía que yo benía del çielo así como en todo otro cavo; y aunqu'este indio que yo traigo les dixese que "de Castilla", creían y creen qu'es el çielo y que V. Al. está en él. Llegué aquí una tarde, y de tanto como yo avía andado en poca agua, allí no pude fallar fondo, y el venteçillo de la tierra me hechava fuera, que yo deseava estar allí un día y ver bien toda esta tierra: Hornofay se llama la provincia. Estuve a la cuerda allí toda una noche pairando, que no me paresció un abrir de mano por <el> suavísimo olor que de la tierra venía y el cantar de los paxaricos y tanbién de aquél de los indios, qu'es muy contentable. Estos me dixeron cómo allí adelante hera Magón, en la cual provincia toda la gente tenía cola, y que a esta causa yo los hallaría todos vestidos; y no es así, mas éstos desnudos hordenaron esto de aquellos que andan cubiertos, burlando de aquéllos que andan vestidos; tanbién me dixeron cómo adelante avía islas innumerables y poco fondo, y qu'el fin d'esta tierra hera muy lexos, atanto, que en cuarenta lunas no podría llegar al cavo. Y dixeron verdad de las innumerables islas y poca agua; mas yo creo que llegaría a la tierra en menos tiempo qu'ellos dezían, bien que se deve entender que sobre el andar de sus canoas hazían congettura, y no saver que una caravela andaría en un día con buen tiempo más qu'ellos en siete".

EL RÍO MAYABEQUE Y "LOS HOMBRES DE BLANCO"

De la ensenada de Broa las carabelas se dirigieron a la costa Sur de la actual provincia de La Habana, la punta meridional de la península de Zapata y las montañas del Grillo hasta llegar al río Mayabeque.

“El día siguiente el viento hera bueno y yo cargué las velas, andando muy gran camino siempre por esta mar hasta adonde poder saltar en tierra de los navíos. No fallava fondo. Todo de un golpe entré en una mar blanca como leche y espesa como el agua en que los çurradores adovan los cueros, y luego faltó el agua y quedé en dos brazas de fondo. El viento era muy mucho y yo estava en canal muy peligroso para bolver atrás ni çorgir con los navíos, porque no podían virar sobr’el ancla la proa al viento ni avía fondo para ellos, porque siempre andava <ar>rastrando la quilla por el suelo. Anduve así por esta canal de dentro d’estas islas diez leguas a mi albedrío hasta una isla, adonde yo hallé dos brazas e un cobdo de agua y largura para estar las caravelas. Allí sorgí y estuve con grande pena, pensando me sería de fuerça dexar mi empresa y que no era poco si yo bolviere adonde yo avía venido; mas Nuestro Señor, que siempre me a fecho mill merçedes muy aseñaladas, me dio esfuerço y puso en voluntad que yo segui<ese> adelante el camino. El día siguiente embié una caravela pequeña a tentar el fondo de toda aquella mar allí çerca y a ver si hallava agua dulce en la tierra firme, de que tenían todos los navíos grande neçesidad. Bolvió con la respuesta que, a la orilla de la tierra, avía un lodo muy alto <e> hasta dentro en la mar grande pieza la arboleda tan espesa, que no entraría por ella un gato; y que avía andado por esta costa mucho y que en toda la mar avía hallado canales y el mismo fondo que yo avía traído e yo avía visto de ençima del mástel del navío: a todos los vientos la mar toda cuajada de islas y toda así blanca; y la tierra firme que a la orilla de la mar hera la arboleda muy espesa en gran manera y durava de ancho como muro de çiudad un cuarto de legua, y que todos estos árboles heran en el agua, y junto con esta arboleda avía tierra alta y llena de palmas y otros árboles muy fermosos, y avía prados y campos: duraría el anchor d’esto cuatro leguas, y en lugar, çinco, [ansí] siempre así al luengo de la costa de la mar; después avía tierra muy alta y muchas montañas en ella, todo muy fermoso y berde; y vi<o> muchas ahumadas y grandes fuegos. Determiné de seguir adelante y navegué así entre estas canales entre estas islas, las cuales heran más ásperas que en el Jardín de la Reina, y así llenas de árboles verdes y hermosos, y de aves. Y navegué así al nurueste fasta que llegué a una punta muy baja con los navíos en seco; y dentro d’esta punta la tierra boja al oriente, y se descubría al setentríon montañas muy altas lexos d’esta punta veinte leguas, y entremedias limpio de islas, que todas quedavan al austro e al poniente. Temía yo por el viento bueno e ya hallaba tres brazas de fondo. Determiné de tomar el camino d’estas montañas, a las cuales no pude llegar fasta el día siguiente, que fue a çorgir a un palmar muy fermoso y grande, adonde yo hallé fuentes de agua dulce muy buena y señal que allí avía estado gente”.

Un balletero tuvo una extraña visión:

“Acaesçió qu’estando aquí forneçiendo los navíos de leña y agua, [y] un balletero que avía çaçado se halló entre muchos indios que, según él dixo, serían bien treinta, y qu’el uno de ellos traía túnica blanca hasta los pies, y que se halló tan de súbito sobre él y sobre des[a]cuerdo, que pensó que era un fraile de la Trinidad que yo traía; después binieron a él otros dos con túnicas blancas que llegavan debajo de la rodilla, los cuales heran tan blancos como nosotros en la color. Entonçes él ubo miedo y dio bozes huyendo a la mar. Vido que los otros se descubrieron y que aquél de la túnica cumplida venía tras él llamándole, y qu’él nunca escuchó, sino fuyendo se tornó a las barcas y me hizo relación d’esto. Y embié luego gente allí adonde él avía visto esto, por ver si podía aver allí fabla con esta gente, porque, según la relación d’esto valletero, éstos no venían por fazer mal, salvo por aver fabla con nosotros. No hallaron a nadie aquéllos que yo embié, puesto que fueron mucho por la tierra adentro, de que me pesó hartó, porque yo quisiera aver fabla con ellos, que yo ya avía pasado tantas tierras que no avía visto gente ni poblado. Comprehendí qu’este d’esta túnica hera el señor o çaçique d’ellos, el cual vibiría mucho la tierra adentro, porque todas estas tierras, como yo dixe, son anegadas y llenas de árboles junto con la mar, e allí adentro son muy fermosas tierras, aunque allí donde yo estava hera playa y tierra enxuta y lindos palmares e aguas muy buenas, e nos abrían visto venir de mar en fuera, y se abría açercado a la ribera de la mar por saver de nosotros”.

Resulta muy enigmática esta visión del balletero, que viene a dar al relato un cierto tono sobrenatural, enlazando con el susto que poco después se van a llevar los soldados al ver huellas que parecían de león o de grifo. Mientras que Juan Manzano cree que se trata de descendientes de españoles perdidos en las Indias, otros autores como A. Humboldt y A. Núñez Jiménez piensan en una confusión óptica con las grullas.

“El día siguiente con el deseo que yo tenía de saver nuevas qué tierra era ésta, embié veinte y çinco hombres bien armados que anduviesen ocho <o> diez leguas la tierra adentro fasta hallar gente, que creo que a menos de çinco abría poblaciones, según las ahumadas que yo vía. Y andando un cuarto de legua hallaron una vega que andava de poniente al levante al luengo de la costa, y por no saver el camino quisieron atravesar la vega, y la yerva hera tanta y tan alta entretexida, que nunca pudieron andar adelante y se bolvieron acá cansados, como si anduvieran veinte leguas, y me renunçaron que era imposible andar la tierra adentro por allí, porque no pudieron fallar cami-

no ni bereda. El otro día torné a embiar a otros al luengo de la playa para ver si topavan con alguna bereda que anduviese la tierra adentro; fallaron rastro de vestias grandísimas de çinco uñas, cosa espantable, que juzgavan que fuesen <de> grifos o de otras vestias, e juzgavan que fuesen leones. También éstos se bolvieron atrás. Aquí fallé muchas parras muy grandes y muy fer-mosas, cargadas de agraz, que cubrían todos aquellos árboles, que era cosa de maravilla. Tomé d’ellas y de la tierra del fondo d’esta mar blanca para embiar a V. Al., y ansí le embío en una espuerta de agraz e trozos de parras e un barril de la tierra del fondo de la mar blanca. También allí avía muchas frutas aromáticas, como en los otros lugares donde yo fue, de las cuales no e procurado poco para secar e embiar a V. Al., mas nunca se a podido fazer, porque no a avilidad en los navíos. También fallaron estos hombres que yo avía embiado grúas mayores dos vezes que aquéllas de Castilla”.

Las pruebas eran fundamentales para conocer la naturaleza de las islas, y un lavador de Valencia, Diego de Torres, hizo un contrato en 1495 para ensayar la arena enviada por el almirante. En 1496, con el mismo objeto, trajo Colón a España de las Indias “maderos e piedras de las Yndias y pipas de algodón hilado e una pipa de arena”.

PUNTA DE SERAFÍN Y BAHÍA DE BATABANÓ

Como solía hacer, el almirante no quería dejar tierra atrás sin reconocerla. Por ello le vemos constantemente ir y venir de un punto a otro; dibujado sobre un mapa su itinerario, no veríamos más que lazos que se entrecruzan. Así nos describió el genovés la cadena de Rosario (Guaniganico) y el surgidero de Batabanó:

“Visto que yo avía dexado la punta del Serafín, donde la tierra boxava al poniente, y avía atravesado a las montañas al setentríon, no quise que me quedase dubda en esta tierra de la punta del Serafín si andaría mucho al levante y faría isla toda la tierra que yo avía pasado. Navegué de aí donde yo estava al oriente por la mesma costa fasta que yo vi que la una costa y la otra se ajuntavan y hazían allí seno. Bolví la mesma costa atrás otra vez al poniente, y aunque yo traía los navíos y la gente muy cansada, propuse de navegar al poniente fasta unas montañas que yo avía visto lejos de mí, de adonde tomé el agua, treinta y çinco leguas. Y andando las nueve fallé en una playa dos casas, y tomé el caçique d’ellas, el cual, como ignorante e persona que

no avía salido de allí, me dixo que, allende de aquellas montañas, que parecía que era la mar muy fonda y boxía al setentrión muy gran número de jornadas. Levanté las áncoras y seguí mi camino muy alegre, pensando que sería así como me avía dicho, y andando otras [hueco en el original] leguas me fallé embaraçado entre muchas islas e muy poco fondo, de manera que yo no hallava canal que me consintiese andar adelante”.

LA TIERRA DEL EVANGELISTA

Aunque Miguel de Cúneo, acompañante de Colón en el segundo viaje, nos hable de la existencia de un rey llamado Santo, es posible que el nombre se deba a una contaminación del Ciandu de Marco Polo, como nos ha demostrado J. Gil. Por otra parte, Cheroneço es Quersoneso, la ‘península’. De nuevo vemos al almirante recordando los lugares de Oriente: los antiguos llamaban Aurea Quersoneso a la península de Malaca. Colón le llamó de San Juan Evangelista (es en realidad la actual Isla de Pinos):

“Mas a Nuestro Señor le plugo a remediar mi deseo y, al cavo de un día y medio, por un canal muy angosto y bajo por fuerza de anclas y cabestrantes andube pasando los navíos por la tierra en seco casi media braza fasta aver andado dos leguas, adonde yo fallé dos brazas y media de agua, en que navegavan los navíos; y andando más adelante fallé tres brazas. Y allí vinieron muchas canoas, y la gente d’ellas me decía que, allende de aquellas montañas, reinava un rey que me parecía qu’ellos dezían por maravilla el modo y forma de su regimiento y de la gente; dezían de su estado y que tenía infinitas provinçias y que se llamava ‘Sancto’ y traía túnica blanca que le arrastrava por el suelo. Holgué mucho, pensando que yo podría llegar a él, mas según yo comprehendo, estava mucho la tierra adentro. Y así llevé el camino siguiendo la costa de la mar, siempre no más de tres brazas de fondo. Y después de navegado quatro días y pasado las montañas, que me quedavan muy mucho al oriente, y sienpre fallando la costa de la mar anegada y arboleda espesa, como dixe, y que hera imposible entrar por ellas, y que yo estava metido en un seno, porque otra bez la tierra, del austro, boja al oriente, vi unas montañas muy altas allí adonde esta tierra hazía cavo, lejos de mí veinte leguas, pues que la mar no bogía al setentrión ni hera de muy grandísimo fondo, como el caçique avía dicho. Al cual torné a repreguntar por qué me mentía, y él dixo que lo avía oído dezir que la costa de la tierra que yo seguía que

no iría yo al cavo en çinquenta lunas. Navegué por dentro de muchas islas, y al cavo de dos días con sus noches llegué a las montañas que yo avía visto, y hallé que era un Cheroneço atán grande como aquél de la Aurea o como la isla de Córçega. Çerquéle todo y nunca pude hallar entrada para ir en tierra adentro, porque era así la costa llena de lodo y de los árboles espesos como las otras que arriba dixe, y las ahumadas heran en la tierra adentro muy grandes y muchas. Estube allí por esta costa siete días buscando agua dulce, de que yo tenía neçesidad, de la cual fallé en la tierra de la parte del oriente en unos palmares muy lindos. E allí fallé nácares grandísimos; perlas deve aver allí, si se continuase la pesquería. Después que yo ove tomado el agua y leña, navegué al austro siguiendo la costa de la tierra firme fasta que me llevaba al sudueste y paresçía que avía de llevar este camino gran número de jornadas; y al austro vía toda la mar cuajada de islas”.

EL RETORNO

Después de dejar la tierra del Evangelista, Colón decidió regresar a La Española. Los barcos tenían problemas, los hombres estaban cansados y él se sentía enfermo. Forzosamente había de desandar el camino. Por ello, en su carta, vuelve a hacer comentarios acerca de los lugares por donde pasa conforme avanza en su ruta. Algunos, repetidos, los omitimos, mientras que damos en texto completo los que enriquecen sus observaciones:

“Ya aquí estaban los navíos muy desconçertados por las muchas bezes que avían dado sobre los bajos y quedado en seco, y tanbién tenía todas las cuerdas y los aparejos muy gastados y la mayor parte de los mantenimientos perdidos, en espeçial el vizcocho, por la mucha agua que fazían los navíos, porque eran muy desmanchados y toda la gente estava muy cansada y temerosa, aunque d’esto mucha esperança tenía yo en Dios que nos traería a salvamiento. Y visto que yo avía pasado desd’el cavo de Alfa e O justo mill y duzientas y ochenta y ocho millas, que son treçientas y veinte y dos leguas, y avía anotado infinitas islas, acordé de tomar la buelta y no por el camino que yo avía traído, y tornar a Jamayca, a que nombre de Santiago le avía puesto, ya dispuesto de acavar de rodear toda la parte del austro, porque yo avía andado a rodear toda esta isla Ysavela toda la parte del austro, que yo no avía visto, y qu’estando al cavo de la parte del poniente, si pudiese, adovar allí los navíos y correr al oriente todas las islas de los caníbales y descubrir

otras. Y allí di la buelta al austro, pensando poder pasar por de dentro de unas islas que allí estavan, en las cuales nunca hallé canal, y me fue por fuerça de bolver atrás por un brazo de mar, por donde yo navegué hasta la punta del Serafín a las islas donde primero avía çorgido en la mar blanca.

”Después que ove pasado las casas del caçique que arriba dixe en una jornada, una mañana antes qu’el sol saliese bi benir de la mar en fuera el camino de la tierra más de un cuento de cuervos marinos todos juntos; y porque yo otro tanto vi en cuanto aya andado por la mar, lo cuento por maravilla. Y el día siguiente vinieron a los navíos tantas de mariposas, que escureçían el aire del çielo, y duraron así fasta la noche, que lo estruyó una gran agua y torbonada que vino. También cuando yo dexé la tierra donde deçían qu’estava el rey “Santo” para ir al Cheroneço, a que de Sant Juan Evangelista puse nombre, vien que yo en todas aquellas mares uviere visto infinitísimas turtugas, en estas veinte leguas la mar era muy cuajada d’ellas, grandísimas, atantas que paresçía que los navíos se encallarían en ellas. Tiénenlas los indios en gran presçio y por muy sanas y sabrosas, y nosotros no las tuvimos en menos.

”Después que yo partí del Evangelista, navegué por un brazo de mar Blanca, como es todo lo otro de allí, e muy profundo. En cavo de muchos días llegué a las islas adonde yo avía çorgido en la primera vez en la mar Blanca, que fue más milagro de Nuestro Señor que saver ni ingenio de hombre. Y dende vine fasta la probinçia de Hornofay con no menos peligro que yo avía pasado, y allí sorgí en un río y forneçí los navíos de agua y leña para navegar al austro y no bolver por donde avía venido y dexar el Jardín de la Reina a mano izquierda, si otras islas no me lo impidiesen. Y así fue, aunque no pude pasar sin comunicar a muchas islas, que hasta entonzes no avía visto. Aquí en esta probinçia es la tierra montañossa, como yo dixe arriba, fertilísima, de gente mansa en grande manera y muy abundosos de frutas e de sus viandas, de que de todo me dieron muy grande parte; eran suavísimas y aromáticas. Allí nos truxeron también infinitísimas aves y papagayos, y lo más eran palomas muy grandes, tan sabrosas como las perdizes de Castilla; fazíalas yo abrir por ver que tenían en el papo, así como a los pezes que allí en el navío se matavan, y fallava a estas palomas el papo lleno de flores que olían que si fueran de naranjo. Allí mandé dezir missa y plantar una alta cruz + de un gran madero, así como yo acostumbrava hazer en todo otro cavo idógneio adonde yo e estado y ando.

”Domingo cuando se dixo la missa y yo desçendí en tierra, adonde primero avía mandado hordenar una iglesia al caçique de aquí, que paresçía hombre muy honrado y señor de mucha gente, cuando yo desçendí de la barca, me vino a tomar por la mano, e un hombre muy biejo, de más de ochen-

ta años, que benía con él al lado, me tomó por la otra mano; traía este viejo un ramal de cuentas de piedra mármol al pescueço, las cuales acá en todo cavo tienen en gran presçio, y un çestillo de mançanas en la mano, el cual luego me dio en presente como descendí de la barca. El, con todos los otros, ansí desnudos andan como nasçieron, ansí como en otro cavo que yo aya hallado. Y después este caçique con este viejo y toda su gente tras nosotros me llevaron así por las manos hasta la iglesia, donde me dieron lugar que acabase mi oraçión. Y después el viejo propuso su raçonamiento con muy buen paresçer y muy buena osadía. El intento fue cómo él avía savido cómo yo avía corrido todas las islas y tierra firme, la cual hera aquélla en que nosotros estávamos, y que yo no tomase banagloria, puesto que toda la gente oviese miedo, porque yo hera mortal como todos los otros; y de aquí començó con palabras y señas afigurando en su persona cómo nos naçimos y teníamos ánima y mostrando el amor que tenía con el cuerpo, y que del mal de cada miembro ella era la que se dolía, y al tiempo de la muerte al despedimiento d’él sentía gran pena, y qu’esta ánima iba al Rey del çielo o en al avismo de la tierra, según el bien o el mal que avía obrado en el mundo. Y porqu’él conosçió que yo gustava y avía plazer de oílle [hueco en el original]. Respondíle yo con interçesión d’este indio que yo tengo conmigo, qu’es de aquéllos que fueron a Castilla, como yo dixe arriba, el cual entiende muy bien nuestra lengua y la pronunçia y es muy buena persona, que yo no avía fecho mal a nadie salvo a los malos, mas antes fazía bien y honra a todos los buenos, y qu’esto hera lo que V. Al. avían mandado. Y él respondió con maravilla a este indio: “¿Cómo? ¿Este almirante a otro señor obedeze?” Y él respondió: “A el rey y a la reina de Castilla, que son los mayores señores del mundo”. Y por aquí les començó a contar todas las cosas de Castilla, de las çiudades, de las iglesias, de las casas grandes y de la nobleza de la gente, de las fiestas y justas qu’él avía visto, del correr de los toros, de las cosas de las guerras qu’él avía savido. Todo lo recontó muy bien, en forma que holgó muy mucho el viejo y se determinó de venir a ver a V. Al., mas por la mujer e hijos que lloravan por piedad dexó la empresa, y no le quise tomar por fuerça como a otro mançevo, el cual tomé mucho sin escándalo de la tierra; el cual con el caçique que tomé en Sava embío a V. Al., que aunque esta gente sean desnudos y parezca al huir que devan ser salvajes y vestias, yo les çertifico que son agudísimos y huelgan de saver cosas nuevas como nosotros. Ellos, luego que yo llevo a alguna poblaçión, vienen a los navíos con sus canoas para reconoçernos como avisados, y la primera fabla es fazernos saver cúyos son y el nombre de su caçique, teniéndolo en gran cuenta e recontando su grandeza y su estado, y después preguntar por el nombre del caçique de los navíos; y savido, replicanlo el uno con el otro muy muchas vezes, por-

que no se les olvide, y después preguntan cómo llaman a los navíos y si venimos del çielo; y aunque se les diga que de Castilla, todavía queda asentado en sí qu'este reino es en el çielo, porque no tienen notiçia salvo de gente desnuda [re]salvando a los de Magón, a los cuales ponen por tacha qu'el bestir es porque tienen cola, como dixe arriba. Ya yo dixe cómo estos caçiques no tienen bienes propios y que ansí me lo avían dicho, porque la tierra es tan grande y tan fértil, que sobrara aunque ubiese çien vezes otros tantos. Bien podrá ser que, fuera de la ribera de la mar, que la tierra adentro que abrá otro regimiento, como avemos leído y se deve creer la mayor parte, mas yo no me e querido detener en ningún cavo a embiar a otra tierra salvo correr la costa de la mar cuanto yo puedo, porque, después de savida la mar y la costa d'ella, buscaremos y entraremos en la tierra y partiremos de nuestra casa con tal propósito y adereço, porque abremos visto de la mar el lugar donde nos parecerá de gastar el tiempo. Verdad es que si yo fuera de la parte del setentríon, como yo fue del austro, fazia el Catayo, que trovara provinçias fermosas. Yo gastaré algún tiempo en enbiar gente la tierra adentro, si en la costa no fallara lo que se escribe en las istorias d'esta provinçia de hedeçiões reales y de fertilidad de la tierra, que yo agora e comprehendido harto, y sobre todo por qué dizen que los anteçesores d'este emperador embiaron a Roma que les embiasen doctores que les enseñasen nuestra sancta fee, porque se querían tornar christianos con su gente, y darle e la embaxada de V. Al.

"Partí de la probinçia de Hornofay del río de las Misas y navegué al austro por dexar el Jardín de la Reina a mano izquierda por el peligro de la navegación que yo en él avía pasado, y andando días [hueco en el original] no sin pasar islas, de las cuales con las otras que yo vi a la ida, que fueron innumerables [hueco en el original], bine a tener a la probinçia de Macaca por causa de los vientos que me resurtieron. Y allí y en toda la probinçia me reçibieron muy bien y me dieron refresco de las cosas que tenían. Después partí con próspero viento y bolví a la isla de Santiago, a que los indios Jamayca dizen, a çurgir en el mesmo lugar de donde yo avía partido quando yo dexé la isla y vine a la tierra firme.

"Plugo a Nuestro Señor de me dar tan buen tiempo como yo avía menester, porque todos los navíos me andavan a fondo del agua por los travajos que avía pasado, y toda la gente estava muy cansada, que yo ya era açerca de çinco meses que jamás avía descansado una ora y llevado muy mala vida por los mantenimientos que avíamos perdido. Y así al cavo de [hueco en el original] días llegamos al fin de la isla con muy próspero tiempo a pedir por boca, y allí en el puerto de Santa Cruz, el cual es muy bueno, remedíe los navíos lo mejor que pude y esforzé la gente que fuésemos a correr todas las islas de los caníbales, pues ya estávamos tan çerca, y que en ellas hallaríamos de comer.

EL DESCUBRIMIENTO EUROPEO DE LA “TIERRA MÁS HERMOSA”

”Esta carta escreví en el puerto de Santa Cruz, qu’es junto con el cavo de San Rafael de la Ysavela de la parte del Oriente, porque creía que podía fallar navíos que bolverían a Castilla; y por no lo<s> detener me aperçeví porque V. Al. fuesen avisados, cuya vida y muy alto estado guarde y prospere la Santa Trinidad a Su sancto serviçio por siempre jamás. Fecha a 26 de hebre-ro de 95 años”.

LOS VIAJES ANDALUCES: CUBA, LA ISLA MÁS HERMOSA

Se conocen con el nombre de viajes andaluces, menores o de descubrimiento y rescate los que empezaron a organizarse a partir de 1494 y que tuvieron como punto de partida los puertos andaluces. Fue precisamente una de esas expediciones, la comandada por Alonso de Hojeda en 1499, que llevaba como piloto a Juan de la Cosa y como tripulante de excepción a Amerigo Vespucci, la que descubrió la insularidad de Cuba. Y así, como una isla, la dibujó Juan de la Cosa en su famoso mapamundi que entregó a los reyes en 1500.

Ese mismo año, Amerigo Vespucci al que se había prohibido en Castilla embarcar en una nueva expedición por ser extranjero, se dirigió a Portugal. En Lisboa se apresuró el florentino a informar a los portugueses del último descubrimiento —el de la insularidad cubana— del que él había sido excepcional testigo de vista. Con su relato se confeccionó la carta náutica de Alberto Cantino, de 1502, en la que, como en la del montañés de la Cosa, Cuba está representada como isla.

Estas dos primeras representaciones cartográficas, fruto de aquel viaje andaluz, pondrían punto final a las teorías colombinas: Cuba ya no podría nunca más ser considerada “tierra firme”, aunque sí continuó siendo “la isla más hermosa”.

ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Se han reunido en este artículo las primeras impresiones de la isla de Cuba en los escritos de Cristóbal Colón, el hombre que la descubrió a los europeos. Es cierto que hubo también menciones cortas a la isla en los escritos de varios de los acompañantes del almirante; sin embargo, no las

hemos incluido aquí porque no añaden datos significativos y nuestro texto hubiera perdido unidad. Las cartas de Colón, todas ellas dirigidas a sus reyes, dan la mejor y más clara primera descripción tanto de la isla como de sus habitantes. Las hemos seguido cronológicamente, utilizando nuestra edición crítica y para las identificaciones geográficas nos hemos guiado por las coordenadas dadas en el excelente libro de nuestro recordado amigo el Dr. Antonio Núñez Jiménez, *El Almirante en la Tierra más hermosa. Los viajes de Colón a Cuba*.

BIBLIOGRAFÍA

- COLÓN, Cristóbal: *Textos y documentos completos. Nuevas Cartas*, edic. de C. Varela y J. Gil, Madrid, 1992.
- MANZANO Y MANZANO, Juan: *Los Pinzones y el Descubrimiento de América*, Madrid, 1988.
- NÚÑEZ JIMÉNEZ, Antonio: *El Almirante en la Tierra más hermosa. Los viajes de Colón a Cuba*, Cádiz, 1985.
- VARELA, C. y GIL, J.: *Cartas de particulares a Colón y Relaciones coetáneas*, Madrid, 1984.